

CAPITULO XV.

MUERTE ALEVE.

I.

Volvamos un momento al campo de la traicion, donde Elizondo habia capturado á los hombres de la independencía.

El desórden habia sido terrible, los soldados huian en todas direcciones acosados por la caballería, que los lanceaba sin misericordia.

Saca-vueltas el torero percibió á gran distancia el desastre y retrocedió al punto del Espinazo del Diablo, llevando consigo á don Félix de Quintanar.

—Señor capitan, decia el compañero de Marroquin, si les pasa algo á los generales, ya podeis encomendaros á Dios, porque os degüello por el alma de mi madre.

El capitan estaba temeroso porque aquel bandido cumpliria su promesa: el infeliz entraba desde aquel instante en capilla.

Dejóse ver la bruja en aquellos momentos.

—Señor Saca-vueltas, vuestro amigo Marroquin os envia

á decir, que el inquisidor ha muerto y que podeis entregarme á don Félix.

—Os chanceais seguramente, respondió Saca-vueltas; suponiendo que fuese verdad lo que me decís, ahora corre por mi cuenta este negocio, he jurado y rejurado que si les pasa algo á los generales, este realista lo pagará con su vida.

—Pero eso es una injusticia.

—Puede ser; pero yo no cejo ni un momento.

—Ved que vais á cometer un asesinato.

—Estoy curado de espanto, y uno mas en mi lista no es cosa de tomarse en cuenta.

—Pero yo he cumplido con poner á Clavijero en manos de Marroquin.

—Querrá decir que matamos dos pájaros con una misma piedra.

—Vos no me conoceis, y soy capaz de----

—De qué? interrumpió Saca-vueltas.

—De arrebatáros á don Félix.

—Probadlo.

—Ved que estais delante de una bruja.

El torero, que era un tanto supersticioso, vió de un modo enhiesto á la vieja.

—Como lo oyes, y cuidado conmigo!

Serenóse el torero, porque la desesperacion de la derrota era superior al miedo que podia infundirle la hechicera.

—A riesgo de perder mi vida y mi alma, no consentiré en la entrega del capitan; ved que en un lance apurado puede salvarme.

—Yo te ofrezco el indulto.

—Idos al diablo, bruja infernal! y no me calenteis mas las orejas.

—Está bien, respondió la vieja, y se alejó del torero echando conjuros y maldiciones.

—Reniega, bruja maldita! que no cederé ni un solo palmo; no

faltaba mas sino que le dijera á ese diablo decapitan: id, id con los vuestros á asesinar mas insurgentes; aunque por otra parte si la bruja ha cumplido---- no, yo en álguien tengo de vengarme y ya lo resuelto, resuelto.

Púsose á pasear frente á la choza donde estaba prisionero don Félix, cuando vió llegar un jinete á todo correr.

—Preparemos las armas, dijo el torero, y montó sus pistolas.

—Señor Saca-vueltas, cuidado con apuntar, que somos buenos amigos.

—Hola, señor de Pedraja, dadme algunas noticias.

—Todas son buenas, los generales todos están prisioneros, es decir, en víspera de morir, y se ha mandado encapillar en Monclova á don Ignacio Aldama, hermano de don Juan.

—Decís verdad, ó son vuestras locuras?

—Pluguiera á Dios, señor Saca-vueltas, y esto es tan cierto, como que salen ya los presos para Chihuahua.

—Diantre!

—Ese infame de Elizondo nos ha traicionado.

—Ya me lo sabia, señor de Pedraja.

—Hay cosas que suceden porque suceden; pero de lo que estoy espantado es de haber visto al padre Pontolongon.

—Le han fusilado?

—No, nada de eso, por el contrario, él capitaneaba la chusma que pedía á gritos la cabeza del señor Hidalgo.

—Ah miserable!

—Declaró en la plaza y delante de todo el vecindario que era espía del ejército.

—Como tuviera á mano á ese clérigo no se me escapaba! yo me habia sospechado algo, hice mal en no matarle luego que lo pensé; lo que es tener un buen corazón!

—Bueno! bueno! gritaba Pedraja, con el acento destemplado de los locos.

—Si me habrá dicho verdad este majadero? pensaba Saca-vueltas al ver las maneras poco cuerdas de Pedraja.

—Ya llegan otros compañeros, decía el loco, vamos á tener noticias, la cosa se pone buena---- buena---- buena!

II.

Cuatro hombres venian á todo escape por la llanura que media entre Acatita de Bajan y el Espinazo del Diablo.

—Son insurgentes, decía Saca-vueltas, vienen huyendo de la derrota.

Acercóse uno de los jinetes y tendiendo la mano al torero le dijo:

—Estamos perdidos; pero aquí traigo una prenda de venganza.

—Luego es cierto lo que dicen los dispersos?

—Cierto, de un golpe hemos perdido cuanto teniamos, bien pronto fusilarán á los generales.

—Maldicion!

—Pero no todos los infames se gozarán en la traicion; traigo conmigo al clérigo *espía* del señor Hidalgo, no me cabe la menor duda, de su boca oí esta confesion, que hizo delante de todos en la plaza de Monclova.

—Matémosle.

—No, es necesario castigarle de una manera mas espantosa.

—Pues sea, dijo el torero, estoy á tus órdenes.

—Traigo á Pedro el Negro, él me ayudó á robarme á ese traidor, á ese padre Pontolongon.

—Se la tenia prometida---- mira, Pípilo, tú eres capaz de arrepentirte---- temo que se te meta el diablo en el cuerpo y perdones.

—No, no lo creas, tú sabes que yo no estoy manchado con sangre, que he rehusado hasta presenciar las ejecuciones---- pero hoy se trata de un castigo---- yo sé perdonar á los que

siendo fieles á sus banderas, han caído en nuestro poder; pero á este hombre que fingiéndose de los nuestros nos ha vendido.... no, es imposible.... tantos años de espionaje y de traicion no se pagan con la muerte.... sígueme.

—En marcha.

Saca-vueltas y el Pípilo se acercaron al grupo de guerrilleros que traían al padre Pontolongon.

—Bájeno del caballo y retírense, ménos tú, Pedro, que nos acompañarás.

Los guerrilleros cumplieron la órden del Pípilo y se alejaron con los caballos.

Saca-vueltas y Pedro tomaron por los brazos al clérigo y echaron á andar hasta un punto en que las rocas del Espinazo del Diablo forman un pequeño anfiteatro.

Luego que estuvieron en aquel sitio fatal, Pedro se colocó junto al clérigo, Saca-vueltas se sentó en una de las rocas y el Pípilo le dirigió la palabra al antiguo maestro de aposentos, que estaba lívido como la muerte.

—Yo soy un hombre rudo, le dijo, pero que he sido fiel á mis protectores.... aborrezco la traicion.... Vas á pelear por tu patria, me dijeron un día, y yo he arriesgado mi existencia.... he peleado sin descanso.... nada me ha amedrentado sino el ver morir á mis jefes.... parece que ese instante ha llegado ya.... yo sé que no les perdonarán, porque les tienen miedo ... pero en medio de este pesar, Dios me reserva para ser juez del pérfido que los ha vendido.... Elizondo tiene sobre su cabeza la espada de la venganza.... he jurado matarle y esta misma noche que ya va cerrando, me verá partir á Monclova, espero encontrarle y.... yo sé que el cielo me prestará su ayuda.

—Pero qué quereis de mí? gritó furioso el padre Pontolongon.

—Lo vas á saber, continuó el Pípilo, tú has *espionado* durante muchos años al señor Hidalgo, y lo has entregado sin compasion á la saña de sus enemigos, tú mismo lo has confesado delante de mí, yo no hubiera creído en tanta maldad.

—Es cierto, es cierto; pero yo lo hacia por obedecer al mandato de mis preladados, ellos me ordenaron que me fingiera insurgente y avisase los movimientos del ejército.... no, yo no soy culpable!....

—Y tus gritos en la plaza de Monclova?

—Temia que Elizondo sospechara de mí.

—Pero tú confiesas tu traicion.

—Sí, la confieso; pero tened compasion de mí!.... misericordia!.... misericordia!....

—Ya es tardío tu arrepentimiento, la sangre ha comenzado á correr en los patíbulos, en Monclova ha habido ejecuciones este mismo dia; y tú, tú, miserable, has pedido á gritos las cabezas de los caudillos!

Arrodillóse el clérigo y procurando zafar los brazos de las ligaduras, imploraba llorando la compasion de aquel tribunal que le juzgaba.

—Yo me arrepiento.... sí, me he asustado de mi crimen.... yo sé que todos son víctimas de mi infamia.... dejadme morir entre vosotros luchando por vuestra causa.... yo quiero la expiacion.

—Y la tendrás, respondió sombríamente el Pípilo.

Saca-vueltas estaba aterrorizado, la calma de su compañero le impresionaba.

Pedro el Negro no quitaba la vista de los ojos del barretero.

Despues de un momento de silencio dijo el Pípilo:

—Ya lo he pensado y Dios y mi conciencia me dictan este castigo; sea en su nombre en el que ejerza la justicia!.... Saca-vueltas, apodérate de ese hombre; y tú, Pedro, cumple con mis órdenes.

El torero, sin comprender nada de lo que iba á pasar, tomó al padre Pontolongon por las ligaduras de los brazos.

El clérigo gritaba sin cesar implorando la clemencia que no aparecia en el rostro del barretero.

Pedro sacó un puñal, y con una destreza asombrosa le echó

fuera los ojos al padre Pontolongon, que dió dos alaridos espantosos que reprodujeron aquellas rocas.

Desatáronle los brazos y entónces se presentó un espectáculo repugnante y terrible: el clérigo tendió las manos ensangrentadas en busca de algo en que cebar su rábía, su rostro estaba deforme.... rechinaba los dientes como un condenado, tenía puesto el pié sobre un glóbulo de sus ojos que yacían en el suelo.

—Adónde estais?.... dadme la muerte.... la muerte.... porque estos dolores y esta oscuridad son espantosos!.... matadme por compasion.... yo tengo las órbitas vaciadas, y sin embargo, veo todo.... todo!.... arrancadme esos fantasmas que cruzan delante de mí!.... me ven!.... me amenazan!.... compasion!.... compasion!....

Los actores de aquella terrible escena se alejaron del anfiteatro, dejando á aquel miserable entregado á la agonía de su desesperacion.

La noche habia cerrado lóbrega y oscura, el loco Pedraja que habia presenciado todo desde las rocas bajó con una tea en la mano gritando con voz estentórea:

—Bueno!.... bueno!.... bueno!.... los lobos le devorarán esta noche.... ya se escucha su aullido por el llano.... bueno.... bueno.... bueno!

Al día siguiente unos pastores atraídos por el ladrido de los peros, se internaron en las rocas del Espinazo del Diablo y encontraron el cadáver de un hombre, que no pudo ser conocido por tener el rostro devorado por las fieras que hacen sus correrías en el desierto.

CAPITULO XVI.

LA DEGRADACION.

I.

Todos los caudillos habian muerto en el cadalso, con excepcion de Hidalgo, quien por su carácter *sacerdotal* fué entregado en manos de la Iglesia para el cumplimiento de los cánones.

El obispo de Durango, doctor don José Francisco Gabriel de Olivares, comisionó el 14 de Mayo al canónigo doctoral de aquella iglesia don Francisco Fernandez Valentin, para que procediese en union del juzgado militar.

Las declaraciones tomadas por el fiscal Abella se dieron por bien recibidas, y el proceso se mandó volver al auditor *Bracho* para que consultase lo conveniente.

El auditor presentó su parecer, cuyo resumen insertamos como un documento histórico, que revela la barbárie y decadencia de aquella época.

“Soy de sentir que puede V. E. declarar que el precitado Hidalgo es reo de *alta traicion*, mandante de alevosos homici-